



# Fragmento de novela

*Primera mención (Concurso XXIV, 1991)*

A DOBLE LLAVE

**Eduardo Rojas Rebolledo\***

I

Qué fuerte es el olor a los días de siempre. Te despiertas a la misma hora. El guardia llega a las cinco de la mañana y golpea los barrotes de acero. Con las lagañas todavía en los ojos, haces un reconocimiento de la celda, de la tuya, de tu rincón; sabes que no es una pesadilla y si lo fuera, aún no despiertas. La pesadilla es muy larga.

Volteas entonces para todos lados, ves detenidamente cada objeto. Las cuatro paredes siguen grises. Tu mirada recorre un poco más, ahora ves la cama de Ernesto; después el excusado envuelto en manchas cafés y gotas amarillentas. La mirada se te extravía, hay pegada una pintura, sin vidrio ni marco, que todavía conserva la dedicatoria y el brillo de los colores chillones, rojos y verdes entrelazados en la profundidad de los azules. La celda está idéntica, no lo puedes creer después de tantos años. Si te ves en un espejo descubrirás el juego tan macabro del tiempo, tu cuerpo pasea en dos polos, una cara ya con arrugas y canas, y un cuadro que tiene intactos los colores. Sin dar la cara a tu compañero Ernesto, arrancas el cuadro, lo pisas hasta que tu frente comienza a sudar, hasta que la absurda dedicatoria desaparece, lo cuelgas y te sientes más tranquilo.

\* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Las paredes se te van encima. A Ernesto lo sientes más viejo. Recoges la ropa del suelo, sacudes el polvo, la sostienes y ves tus iniciales en la bolsa derecha de la camisa; sí, eres tú, Gregorio Cárdenas. Te vistes sin levantar la cabeza, Ernesto permanece inmóvil, no quiere decir nada.

Abandonan la celda. Al cruzar el umbral te detienes, con la mano tocas el barrote, lo pruebas con la lengua, sabes que no lo puedes arrancar a mordidas. Ernesto toma fuerza y te jala, con una palmada en tu espalda sabe que hizo lo mejor. Lo miras a los ojos, descubres sus pómulos salidos, sus ojeras verdes aprisionando las pestañas, sus labios con un tinte de rojo claro como el de los niños.

Se conocen hace tiempo, así que saben interpretar sus silencios. Te asignaron la celda donde Ernesto ya se encontraba. Sabes poco de la historia que le hizo caer preso. No les interesa, ni a ti ni a él, dañar su tranquila relación con preguntas que sofoquen, que hagan recordar, que pongan en tela de juicio lo bueno y lo malo, que lleguen a producir asco, dolor o resentimiento.

Permanecen sin dirigirse la palabra por horas, sabes que un gesto, una sonrisa, una mirada, bastan para romper el hielo de la soledad. La comunicación la manejan, en ese espacio. Es molesto, y lo sabes, platicar las cosas del pasado, hablar de los padres y las frustraciones. No quieres recordar a tu familia y no tienes por qué hablar de eso con Ernesto, son agradables sus sonrisas, cuando te muestra la mitad de su dentadura, o sus guiños de ojo, cuando ves un negro que te recuerda el carbón mojado. Te sientes satisfecho con esto.

Haz memoria, Gregorio, y recordarás aquella ocasión. Era pasada la media noche, no dejabas de temblar, el cuerpo lo sentías frío. Estabas hincado, con las manos juntas y pegadas a la barbilla. A tus pies estaba un papel y un lápiz. Los ojos mirando hacia la pared, como si estuvieras viendo un cristo. En el suelo, sólo algunas frases inconclusas y tachadas. Ernesto despertó, nunca te había visto montado en cólera, te creía seco y sin olor. En un giro de ojos encontraste a Ernesto y bajaste la cabeza, tu súplica fue entendida: Ernesto te levantó de las axilas, te separó los brazos acalambrados y levantó el papel.

Caminan juntos, la oscuridad resbala por las paredes haciendo más largos los pasillos. El hierro y la pestilencia entran por todos tus sentidos, el olor se apodera de tus ojos y las partículas fecales se adhieren a tus pestañas, el metal frío te acaricia la entrepierna. Todos caminan rumbo al comedor, se empujan, manosean, burlan.

En fila india, aún recuerdas tu niñez. En el comedor de la prisión todo es diferente. Los juguetes acaban por cansar, la cárcel también cansa. Las pelotas y los carritos quedaron en una caja, imagínate dónde estarán, es probable que ya no existan, o que estén como tú, en una cueva parecida, donde los fantasmas también se hayan hartado de correr y buscar compañía.

Sirven la comida en charolas oxidadas, en un platón de lámina. De un golpe el cocinero pone la comida, frijoles renegridos, tortillas, y leche demasiado acuosa. Tienen hambre, ves indiferente tu plato, lo dejas en la mesa, pones las manos contra los ojos, tomas aire —crees que es un último suspiro— y hablas en voz muy queda. Rezas, construyes poemas. Todos devoran los frijoles como en un ritual: sostienen delicadamente la tortilla y la introducen hasta

el fondo del plato; sacan los dedos escurriendo sin perder de vista la mano y se llenan la boca cuidando que no se escape nada; la comida no deja espacio a la lengua que en momentos se asoma ágil para detener la saliva. Ernesto te golpea con el codo, retiras las manos de la cara y tratas de comer algo.

No te importa que no seas bien visto entre tus compañeros. La mayor parte del tiempo permaneces aislado, frecuentando los rincones. Esporádicamente hablas con Ernesto, a los demás los ves como caminantes cualquiera, como pasajeros del mismo vagón del metro, y no porque fueras inocente, sino porque en tu cabeza continúan deambulando las imágenes del pasado: lo intenso que se te figuró el color rojo de la sangre y los chillidos silenciosos de la asfixia. Nadie aún te ha agredido, sólo los comentarios entre ellos ponen de manifiesto su poca simpatía hacia ti. Eres conocido por sobrenombres de los cuales sólo conoces algunos. No le causas problema a los guardias, eres un hombre que vive murmurando frases de penitencia.

Suena un grito seco y todos se levantan, llevan las charolas al mismo sitio y salen del comedor. Escuchas sin haber comido nada.

Los guardias los apuran, los separan en grupos para limpiar la prisión.

Hincado enjabonas el piso tratando de que las manchas desaparezcan. Metes tu mano al balde y el agua moja tu brazo, la sensación de grasa te provoca asco, se te enchina la piel pero debes continuar hasta que el guardia esté convencido con el trabajo. Cuando terminas quieres despegar todas las gotas de tu cuerpo, pero el agua contiene excremento y el olor está en cada molécula. Agitas las manos con velocidad, te paras y te alejas del balde, unas gotas quedan rodando aún en la piel. Todos terminan su trabajo. Salen al patio. Una hora de descanso.

Una hora no significa nada cuando no existe reloj. No son necesarios los minutos, basta con ver cómo el cuerpo se hace más viejo, cómo el pulso falla, cómo el pelo encanece, para suponer que no se está viviendo el mismo año.

El patio está cubierto por muros, son cuatro paredes altas que se levantan imponentes como en los castillos medievales. Cuando el sol sube, aparecen sombras largas que dan la idea de nubosidad. Son anchos, con algunas perforaciones hechas con los dedos, con inscripciones: "Aquí está el cuerpo vivo de Pablo Sánchez, chinguen a su madre los de uniforme". El suelo tiene cuarteaduras de donde salen, casi sin querer, pequeñas plantas. En ese espacio más de trescientos hombres pueden cansar su cuerpo corriendo tras una pelota o escribir cartas, los que lo sepan hacer.

Los juegos se organizan y los equipos quedan en orden. Sacas un cigarro sin filtro de la bolsa, lo sostienes con la boca y lo enciendes. La primera bocanada de humo te marea y te quema el estómago vacío. Sacas el humo por la nariz y te ves de pronto rodeado por cuerpos sudorosos y sucios que se gritan unos a otros. Quieres alejarte, caminas lento, el cuerpo te pesa, arrastras los pies. Te detienes en un rincón, donde el olor de la basura llama a las moscas y pateas una lata para sentarte. Apagas el cigarro y lo guardas en el pantalón, inclinas la cabeza contra las piernas y comienzas a llorar. Las lágrimas salen tímidas, ya no queda mucho por qué llorar.

El llanto ha tenido un significado de individualidad para ti. A los ocho años,

cuando murió tu padre, saliste del velatorio y te sentaste en la puerta de entrada a la funeraria, comenzaste a llorar mientras metías las manos entre el pantalón y los calzones, para acariciarte suavemente los testículos. Tu madre no notó la ausencia, veía pasmada la caja morada con un Sagrado Corazón en el centro. Lloraste muchas horas sin que nadie te viera, la saliva y los mocos colgaban en tu camisa negra. Con las manos en los testículos te diste cuenta que ya no llorabas por tu padre. Recordaste la casa de unos amigos, cuando el hermano mayor te desnudó y acarició tu miembro, que no mostraba un sólo vello. Después hizo que tomaras el suyo. Quisiste contarle todo esto a tu padre pero te dio miedo que te llamara marica.

En el velorio recordabas todo, y la muerte de tu padre te apenaba, no por que no lo volverías a ver, sino porque ya nadie sabría tu secreto.

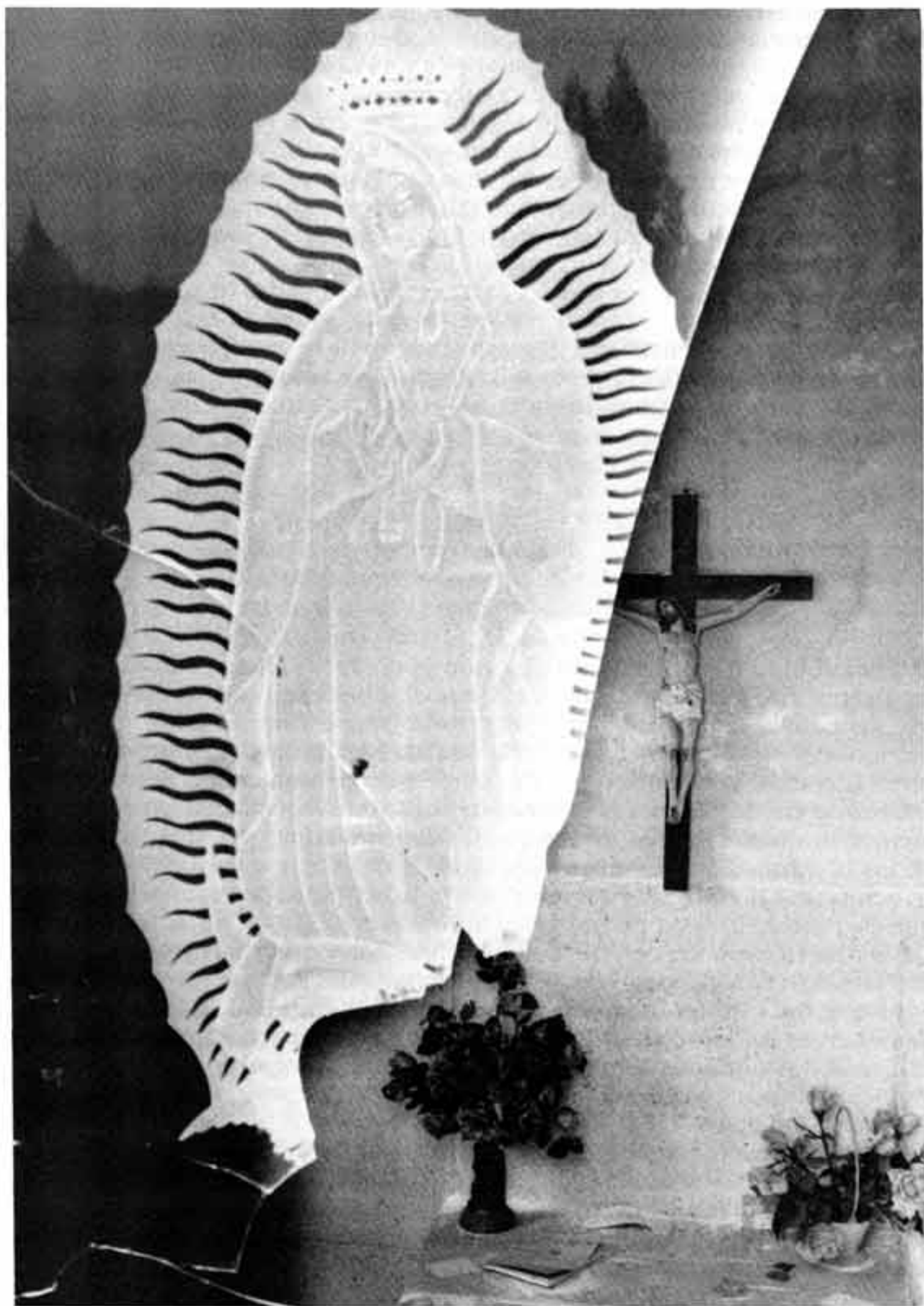
Dejas de llorar, piensas en el pasaje de algún libro, no recuerdas ninguno. De pronto notas una figura, unos ojos negros que se aproximan con una sonrisa por debajo. Es Ernesto, le haces un lugar para que se siente y le pasas el brazo por los hombros.

## II

El primer minuto en prisión. Te llevaron por la tarde en una camioneta blanca. Después de largas jornadas en el tribunal, donde te preguntaron los móviles, los pensamientos, los fines, las razones; marchaste a un lugar donde el mundo se sentiría de otra manera. ¿En realidad reflexionabas sobre tus futuras obras literarias? ¿Presentías, por fin, el mensaje de tu musa? ¿Qué tan seguro estabas de encontrarte en el instante indicado, en la etapa más plena para comenzar tu obra? ¿Habrías vivido ya lo suficiente como para contar las cosas de los hombres? Por la ventana del camión alcanzaste a ver la ciudad, el sol se ocultaba. En el interior oscuro pudiste haber pensado en la primera línea que escribirías, a quién dedicarías el libro, cómo serían la portada y el título. Las llantas tropezaban con piedras y baches, volvías a asomarte por la ventana, ya sólo veías el polvo que levantaban las ruedas.

Bajaste del camión, dos policías te llevaron a empujones, el acero en las muñecas era incómodo. No abrías la boca, no quisiste pronunciar una palabra con esos dos hombres. Entraron por una puerta, luego recorrieron algunos pasillos y volvieron a entrar por otra puerta. Te preguntaron si te llamabas Gregorio Cárdenas.

Trata de hacer memoria y aparecerán ante tus ojos varios objetos: un pizarrón, un pupitre, y si inclinas un poco más la mirada, observarás tus zapatos negros y los cuadernos con forros de colores. Tenías diez años, la maestra propuso que escribieran un poema como regalo para el día de las madres. Tenían dos horas para hacerlo y después leerían el texto completo frente al grupo. Tomaste la pluma, recordaste a tu madre, la imaginación dio hasta el gra-



do de olerla y tocarla en su desnudez, debías haber comenzado la primer línea refiriendo la blancura de sus senos, luego el contorno de su cintura, pero no escribiste nada, la cabeza se nubló, la cara de la maestra se revolvía con la de tu madre, con un poema que no nacía y con un reloj que por fin marcó dos horas.

—Gregorio, haz el favor de leer a tus compañeros lo que tengas escrito.

Te sentiste interrumpido en la acción más íntima, sudaste, no sabías qué responder, la hoja aún estaba en blanco. ¿Por qué no decirle que sólo recordabas a tu madre desnuda?

—¡Contéstame pendejo!— una voz ronca.

Querías alejarte de lo que permanecía rodeándote y, como lo hicieras en el salón de clases, viajar por otros rincones, por otras pesadillas, por otros diálogos. La misma voz seca rompió con tu silencio. Una lluvia de preguntas sobre tu estatura, peso, señas particulares, hizo que abrieras más los ojos para encontrar en aquella oficina un escritorio verde oscuro y tras él a un hombre robusto, con un bigote de pelos negros y canos, con una cabeza donde escaseaba el cabello, con un tez morena que hacía juego con el traje azul fuerte y la corbata vino que dejaba ver relampagones de grasa. Te ordenó acercarte, vio fijamente tus ojos hasta que tu mirada se venció.

—Aquí las cosas no van a ser fáciles. Pero de ti depende que los problemas sean lo menos duro posibles. ¿Alguna pregunta, infeliz?

—No.

Es de esperar que no tuvieras preguntas, qué podías haber preguntado, si no habías escuchado atentamente las palabras del director del penal, si su figura te había dejado temblando, si lo único que querías era tiempo para darte cuenta dónde estabas. Porque sucedió que no te convencías de estar ahí, aunque el viaje en la camioneta y el observar cómo la ciudad se perdía, y los guardias que te habían traído y aún te rodeaban, así te lo hacían ver, pasó un tiempo para que entendieras y sintieras dónde estabas. Las horas y los días te han hecho descubrir y reencontrar tu hogar, es ahora cuando tienes preguntas, cuando quieres saber respuestas.

Saliste de la oficina seguido por los guardias que te olfateaban como perros. Escuchabas mofas pero caminabas viendo el suelo, esperanzado por poder reconocer aunque fuera una mancha, pero nada parecía común.

Debes tener presente tu figura dando cada paso, fijándote en el traslado de tus pies, las manos en la parte trasera de la cintura y el temor que fluía desde los pies al corazón. El ritmo cardíaco aceleraba, la respiración se entrecortaba. Los pasillos eran largos y anchos.

Pensaste en tu primer día de clases, cuando tu madre y tu padre te dejaron, pese a tus llantos y abrazos, en la puerta, encargado con la maestra que juraba a tus padres que la tristeza se te pasaría al conocer a otros niños. Delante de ella caminabas, los corredores estaban fríos, las sombras y risas te hicieron temblar. Tenías fe en que tu madre, por lo menos, no te dejaría por mucho tiempo ahí, presentías que llegaría de un momento a otro.

La prisión era mucho más fría que la escuela, aquí las sombras permanecen guardadas bajo llave y las risas quedan mudas en las arrugas y las canas.

El pasillo terminó en dos corredores pequeños, tomaron el de la derecha, te detuviste en una reja, el guardia gritó que abrieran, traspasaron el umbral. Dejaste por unos segundos de ver, no deseabas encontrar sorpresas, los cumpleaños no los soportas recuerda. Tus manos se amorataban y no experimentabas la menor molestia. Pasaste a otro cubículo donde retiraron violentamente las esposas. Te obligaron a quitarte la ropa y a dejar todos tus objetos de valor. No traías demasiadas cosas, reloj, libreta telefónica y dos fotos, una de tu madre y otra de Beatriz. Al acomodar cada objeto en un sobre, atrapaste las fotos y las besaste, la risa de uno de los guardias hizo que abrieras los ojos, que te dieras cuenta que permanecías desnudo. No comprendo por qué cubriste con ambas manos tu pene, tal vez eran muy crudas las miradas de los guardias, o el terror lúgubre que reflejaban las paredes te hacía sentir burlado, acabado, completamente herido, con el orgullo hecho polvo.

Sabías por rumores cómo eran estos lugares. Unos años antes de ingresar, paseabas por la ciudad y decidiste pasar a un café. Sentado contemplabas la taza cuando un hombre —si haces un esfuerzo recordarás su figura— se acercó a tu mesa. Volteaste bruscamente, su aspecto era el de un miserable, el pelo opaco, una ropa vieja, los ojos llorosos, la boca seca y unos brazos que hacían salir los huesos, las callosidades y tatuajes. Pidió de buena gana que le facilitaras dinero, que hacía días había salido de la cárcel y buscaba trabajo, pero por no tener la carta de antecedentes penales, no era aceptado. Lo observaste detenidamente, en su rostro no se intuía la posibilidad de ofrecerte una mueca. Por unos segundos te hiciste el desentendido, el hombre bajó la cabeza y te dio la espalda. Una curiosidad nació muy dentro de ti, un morbo llegó a tu mente, entonces lo llamaste. Lentamente se acercó. Le ofreciste que se sentara en la mesa y que pidiera. Se sentó frente a ti, llamó al mesero, le habló muy quedo y no pudiste escuchar nada. Un ansia diabólica comenzó a rascarte.

—Así que estabas preso, la vida ahí dentro ha de correr tan despacio que se debe sentir la muerte antes de tiempo.

—Sí, parece ser que sí.

—Los minutos han de pasar muy lentos. Se ha de recordar mucho a la familia, imaginando cómo estarán.

—Sólo estuve unos años y familia nunca tuve ni pienso tenerla. Hemos hombres que nacemos para estar bien guardados.

Pero ya que le interesa tanto le diré que los minutos, más que pasar lentos, no importan. Vivimos dentro de otro pueblo, los colores y las formas son diferentes, la cabeza llega a dar tantas vueltas que termina por ser inservible. La gente termina por aburrir, las pláticas desaparecen, se vive en un mundo de silencio, donde parece que muchos ojos te ven y sientes que debes protegerte de ellos, los sientes por todos lados de tu cuerpo, por dentro de la cabeza.

No volviste a preguntar más, tu morbo se convirtió en miedo y deseaste que el hombre se fuera lo más rápido posible.

Junto a los guardias aquella plática se hacía poco real, los ojos eran mucho más grandes y potentes que lo que aquel hombre había dicho. De nuevo sentiste esas ganas de correr pero otro empujón del guardia te lo impidió. Ordenaron que tomaras un pantalón y una camisa, y que te los pusieras. Te vestiste

rápido. Caminaron otro tramo, se enfrentaron a otra reja de donde se veía una serie de pasillos angostos en los cuales unas puertas oxidadas asomaban su pobredumbre, eran unas doscientas celdas, distribuidas en tres pisos. El suelo, las paredes y las escaleras, estaban manchadas por huellas de zapato y escupitajos que habían hecho marca al secarse. La luz entraba forzada a través de las rejillas del techo central, en las celdas bajas la luz aparecía tímida.

Antes de entrar, por la puerta principal a los galerones, preguntaste a uno de los guardias si era permitido tener algunos libros, hojas y plumas para escribir, te contestó que sí, que más tarde te enterarías completamente de las normas y reglas. Las celdas estaban vacías y no se veía ningún hombre. El guardia te informó que estaban en el patio. Cruzaron varias celdas de la planta baja. Se detuvieron.

—Aquí te toca.

—¿Estaré solo?

—No, pronto conocerás a tu compañero. Acomódate, te toca la cama del lado derecho.

Observaste detenidamente todo, recordaste tus crímenes, apostaste a que morirías ahí. “La cama derecha”, te sentaste, a eso no se le podía llamar cama. Un colchón que le quedaba chico a tu cuerpo. Una tabla suponía servir de cabecera.

Cerraron la puerta. Con el fuerte sonido del choque de metales, nacieron también las tinieblas. Un olor a cuerpo te provocó náuseas, debiste haber vomitado, pero más asco producía el suponer que permanecerías, quién sabe cuántas horas, junto con el desecho. Te tiraste boca abajo, mordiste el colchón, el sabor a sal hizo que escupieras. Por primera vez no podías huir, los sueños no lograban cruzar las paredes. Todo estaba perdido. No gritaste, ya nadie te escucharía.

